

## 10 La humanidad de Cristo

SI BIEN EXISTEN EN HOY EN DÍA, COMO TAMBIÉN HAN EXISTIDO EN todas las épocas, quienes niegan la deidad de Cristo, también están los que afirman su Deidad pero terminan allí su descripción. Esto también constituye un error. Una segunda faceta, tan importante como la primera, es el hecho de que él es plenamente hombre también. No ha sido hombre desde la eternidad pasada, como es cierto en el caso de la Divinidad. Se convirtió en hombre mediante la Encarnación en determinado momento en el tiempo. Pero ahora, habiéndose convertido en hombre, es el Dios-hombre de quien exclusivamente depende nuestra salvación.

Esta verdad es aparente a través de toda la Biblia, incluso en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, en esa profecía de Isaías, tan a menudo leída cuando se acerca la Navidad, se describe la naturaleza doble del Cristo venidero. "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz" (Is. 9:6). En este versículo se utilizan dos verbos muy importantes con respecto a la venida de Cristo: "nos es nacido" y "nos es dado". Como un niño, él es nacido, pero como un Hijo, él es dado.

Esta misma distinción aparece en los escritos de Pablo. Ahí leemos: "...acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (Ro. 1:3-4). Jesús descendía de David según la carne, pero también había sido declarado ser el Hijo de Dios. También leemos: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gá. 4:4-5). Como Hijo, Jesucristo fue enviado, porque siempre fue el Hijo de Dios, Sin embargo, fue nacido de mujer bajo la ley, y por lo tanto se convirtió en hombre. La Biblia nunca titubea cuando coloca ambas verdades paralelas juntas, su plena deidad y su verdadera humanidad.

Estas verdades también aparecen ilustradas en diversos acontecimientos que tuvieron lugar durante el ministerio de Cristo. Por ejemplo, en el segundo capítulo del evangelio de Juan, el Señor está presente en un casamiento (Jn. 2:1-11). Pocas cosas pueden ser más humanas que esta. Sin embargo, cuando el vino se acabó y el esposo estuvo a punto de pasar un momento embarazoso, Jesús transformó el agua para las purificaciones judías, que se encontraba en unas grandes tinajas de piedra, en un vino nuevo y mejor.

En otra oportunidad los discípulos estaban cruzando el Mar de Galilea desde Capernaum a la tierra de los gadarenos. Jesús, agotado, luego de todas las actividades desarrolladas durante todo el día, estaba dormido en la barca. Se levantó una tormenta tan intensa que estaban asustados, si bien eran pescadores curtidos. Lo despertaron diciéndole: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" y Jesús calmó a la tormenta. ¿Qué podría ser más humano que el agotamiento total que sintió Jesús en la barca? ¿Qué podría ser más divino que el milagro de calmar el viento y las olas? Los discípulos exclamaron: "¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?" (Mt. 8:23-27).

Nada podría haber más humano que la muerte de Jesús por crucifixión. Nada podría haber más divino que el oscurecimiento del cielo, el velo del templo que se partió en dos, las tumbas de los santos sepultados cerca de Jerusalén que se abrieron, y la tumba abierta, triunfante, en aquella primera mañana de Pascuas.

### La herejía gnóstica

Estas verdades paralelas no siempre han sido reconocidas por todos en todos los periodos de la historia de la iglesia. Prácticamente no hay ninguna doctrina centro del cristianismo que no haya sido negada por alguien en alguna ocasión. A la herejía que niega la deidad de Cristo se la suele conocer como arrianismo (por Arrio de Alejandría; que murió en el año 335). Arrio enseñaba que el Hijo le Dios y el Espíritu Santo eran seres que Dios en su voluntad había traído en existencia con el propósito de la redención. Por lo tanto, no eran eternos, como Dios es eterno. Había un tiempo "antes del cual ellos no eran".

El error opuesto era la herejía que negaban la verdadera humanidad de Cristo, conocida con el nombre de docetismo. El docetismo surgió a partir de un movimiento conocido como gnosticismo, que fue más o menos contemporáneo en los primeros años del cristianismo. Tenía dos características principales. En primer lugar, se basaba sobre un principio que un comentarista ha llamado 'la supremacía del intelecto y la superioridad de la ilustración mental frente a la fe y la conducta'. Los gnósticos se consideraban a sí mismos como "los que sabían", y esto es lo que la palabra gnóstico significa; creían que la salvación produce en primer lugar por el conocimiento, es decir, por una iniciación en conocimiento místico y supuestamente superior que ellos

poseían. Por supuesto, en dicho sistema, la Encarnación literal del Hijo de Dios no tiene ningún sentido. Lo que importaba era la "idea de Cristo" y las verdades que Cristo había anunciado.

Una segunda característica del sistema gnóstico era su creencia en la separación radical e infranqueable que existía entre el espíritu y la materia, unida a la convicción de que la materia es inherentemente mala y sólo el espíritu es bueno. Este punto de vista era común a otras corrientes de pensamiento predominantes en ese tiempo. Por un lado, conducía a una negación de la importancia de la vida moral; la salvación estaba en el ámbito de la mente o el espíritu, que es lo único bueno, y por lo tanto no tenía ninguna importancia lo que pudiera hacer el cuerpo. Por otro lado, producía un tipo de religión filosófica completamente divorciada de la historia concreta. Obviamente, el gnosticismo entró en conflicto con el auténtico cristianismo. Según este sistema, cualquier Encarnación real del Hijo de Dios resultaba imposible. Si la materia es mala, entonces Dios no podría haber tomado un cuerpo humano sobre sí mismo. Y si esto es así, entonces la Encarnación de Dios en Cristo debe haber sido una cuestión sólo de apariencias. La palabra docetismo proviene del verbo griego *dokeó* que significa "aparecer". En algunas variantes de un supuesto gnosticismo cristiano, la Encarnación fue por lo tanto expresada diciendo que el Espíritu de Dios meramente había venido sobre el hombre Jesús en ocasión de su bautismo, había permanecido en él durante su ministerio, y luego lo había abandonado justo antes de su crucifixión. En otras variantes, se suponía que Jesús sólo tenía la apariencia de un hombre, pero que no se trataba realmente de un hombre. Por lo tanto, en realidad no poseía un cuerpo material, en realidad no había muerto, y así sucesivamente.

Por supuesto, el docetismo fue anatema para el cristianismo, por lo que fue rechazado de plano. La primera respuesta escrita a dichos puntos de vista la encontramos conservada principalmente en las epístolas del apóstol Juan. Juan insiste en la verdadera Encarnación del Hijo de Dios. Es así como en su primera epístola comienza resaltando la propia experiencia física que los apóstoles tuvieron de Jesús. "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros" (1 Jn. 1:1-3). Estos versículos hacen referencia a tres de nuestros cinco sentidos físicos. Más adelante, Juan presenta lo que constituye la prueba del verdadero cristianismo: "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (1 Jn. 4:2-3).

Un tiempo más tarde, Marcio de Ponto, quien enseñó en Roma alrededor del segundo siglo, también popularizó el punto de vista docetista. Se lo recuerda en especial por su rechazo a porciones del Antiguo Testamento como a partes del Nuevo. Pero también constituía una amenaza a la iglesia debido a su rechazo de la materialidad del cuerpo de Cristo. Otra herejía temprana fue el maniqueísmo que tuvo bastante influencia sobre Agustín en sus primeros años. Incluía una creencia que el cuerpo de Cristo estaba compuesto de una carne "celestial" pero no verdaderamente material. Estos errores fueron inteligentemente rechazados en una serie de concilios eclesíasticos. El Credo de Calcedonia (451 d.C.) declara que el Señor Jesucristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, con un cuerpo y un alma razonable (racional); consustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Divinidad, y consustancial con nosotros de acuerdo a la humanidad; en todo como nosotros pero sin pecado; concebido antes de todas las edades del Padre según la Divinidad, y en estos postreros días, para nosotros, para nuestra salvación, nacido de la Virgen María, la Madre de Dios, de acuerdo a la humanidad; uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, a ser reconocido en sus dos naturalezas, sin confusión, ni mutación, indivisible, inseparable; la distinción entre las dos naturalezas que no es retirada por la unión, sino que es en cambio conservada por las propiedades de cada naturaleza, y concurrentes en una Persona y en una Subsistencia, no partida ni dividida en dos personas, sino una y la misma, el Hijo, el Unigénito, Dios, el Verbo, el Señor Jesucristo.

El Credo de Atanasio, que se le atribuye a Atanasio, un gran defensor de la ortodoxia que vivió en el siglo tercero, si bien es posible que haya sido compuesto con posterioridad al de Calcedonia, lo expresa en términos más sencillos: "Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre... perfectamente Dios y perfectamente hombre... quien aunque [es] Dios y hombre, no es dos sino un Cristo; uno, no por la conversión de la Divinidad en la carne: sino por haber [asumido] la humanidad en Dios". Estos credos y las Escrituras en las que se basan nos enseñan que Jesús, el Hijo de Dios, fue como nosotros en todos los aspectos (excepto con respecto al pecado) para que nosotros pudiésemos ser como él.

## Las emociones de Cristo

Hay un área en la que Jesús mediante la Encarnación se hizo semejante a nosotros y es la vida emocional, como B. B. Warfield bien lo señala en un ensayo sobre ese tema, en los albores de este siglo.<sup>1</sup> Algunas personas en la iglesia han tratado de aislar a Cristo de cualquier emoción, como si las emociones no le correspondieran, no fueran debidas. Otros han exagerado sus emociones al grado tal que difícilmente podemos reverenciarlo. El verdadero retrato, tal como se nos presenta en el Nuevo Testamento, está a mitad de camino entre estos dos extremos.

La emoción que más frecuentemente se le atribuye a Cristo es la compasión o la misericordia. Es la expresión del profundo amor que siente frente a la necesidad desesperada de los hombres y las mujeres caídos. A veces es despertada por una necesidad física. Es así como en una ocasión, cuando vio el hambre de una muchedumbre que lo había seguido, Jesús dijo: "Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarían en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos" (Mr. 8:2-3). También se nos dice que al ver a un leproso tuvo "misericordia de él, extendió la mano" y le sanó (Mr. 1:41); que "compadecido" sanó a dos ciegos (Mt. 20:34); que resucitó al hijo de la viuda de Naín porque "se compadeció de ella" (Le. 7:13). Las necesidades espirituales también despertaron su compasión. Vez tras vez se nos dice que tuvo compasión de las multitudes porque "eran como ovejas sin pastor" (Mr. 6:34; ver además Mt. 9:36; 14:14). Y en otras ocasiones lloró sobre la incredulidad de la ciudad de Jerusalén (Lc. 19:41) y frente a la tumba de Lázaro (Jn. 11:35).

El hacer mención a las lágrimas de Cristo nos conduce a otra área de la vida emocional de Cristo, el área de la *aflicción*, que hasta lo podía conducir a la *indignación y el enojo*. Un ejemplo muy importante de su aflicción, si bien difícil de interpretar, es cuando lloró frente a la tumba de Lázaro. Una palabra poco común, *embrimaomai*, es utilizada para denotar que Jesús estaba "enojado" por lo que estaba teniendo lugar o bien estaba "profundamente conmovido". En el Nuevo Testamento aparece sólo en otros tres pasajes (Mt. 9:30; Mr. 1:43; 14:5); en dos de éstos se traduce como "encargar rigurosamente", y en el otro como "reprochar". Ninguno de estos significados, sin embargo, parece ajustarse al contexto que rodeó la respuesta de Cristo frente a la tumba de Lázaro. Sin embargo, William Barclay cree que cada una de estas instancias contiene "una cierta indignación, casi un enojo". Por este motivo es que algunos comentaristas han colocado la idea de indignación y hasta enojo en el pasaje de Juan. Traducirían el versículo del siguiente modo: "Jesús fue movido a indignación en su espíritu". Si preguntamos qué fue lo que hizo enojar a Jesús, la respuesta sería que estaba enojado por la supuesta incredulidad e hipocresía de los que estaban llorando la muerte de Lázaro, o porque estaba enojado con la muerte, que él habría visto como una herramienta de Satanás y una gran enemiga. La falta de sinceridad no se menciona ni explícita ni implícitamente en este pasaje, sin embargo, y sin considerar cuál fuera el verdadero estado de ánimo de la multitud, no cabe duda que María y Marta no estaban fingiendo su congoja.

La otra posibilidad, que consiste en traducir la palabra para sugerir una profunda emoción, descansa sobre el hecho que en el idioma griego el otro uso conocido de la palabra *embrimaomai* es para describir el relincho de un caballo, en el fragor de una batalla o bajo una carga pesada. Podríamos interpretarlo entonces como significando que Jesús gimió con las hermanas por su profunda emoción, emoción que hizo surgir un grito involuntario de su corazón. Esta es la opinión de J. B. Phillips, quien tradujo este pasaje del siguiente modo: "Estaba profundamente conmovido y visiblemente angustiado", y de los traductores de la New International Version (la Nueva Versión Internacional) que dicen: "Estaba profundamente conmovido y preocupado".

Algunos cristianos han encontrado esta interpretación inaceptable, ya que consideran que no es propia de Jesús, que Jesús no puede haber sido conmovido de tal manera, particularmente por la congoja de otros. Pero, ¿cómo es posible leer el pasaje sin ver que Jesús lloró conjuntamente con las hermanas? "La expresión utilizada... implica que ahora él voluntaria y deliberadamente acepta y hace suya la emoción y la experiencia de la que es su propósito librar a los hombres".<sup>3</sup> "Él... recogió en su propia personalidad toda la miseria que resulta del pecado, representada en la muerte de un hombre y en los corazones rotos de las personas que lo rodean".<sup>4</sup>

En ocasiones, sin embargo, la aflicción que demostró se convirtió luego en enojo, como cuando denunció a los líderes religiosos de su día. Los llamó "hipócritas" (Mt. 15:7), "sepulcros blanqueados" (Mt. 23:27), "víboras" (Mt. 23:33), "guías ciegos" (Mt. 15:14), y "de [su] padre el diablo" (Jn. 8:44). En ocasiones, su enojo se encendió hasta contra sus propios discípulos. Cuando los discípulos creyéndose demasiado importantes trataron de evitar que los niños se acercaran a Jesús, leemos que "viéndolo Jesús, se indignó, y

les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios" (Mn 10:14).

El Nuevo Testamento no nos presenta un Cristo impasible, insensible e inmovible. En su lugar tenemos alguien que ha compartido nuestras aflicciones y comprende nuestras tristezas, alguien que en ocasiones fue llevado a una justa indignación e irritado por el pecado.

Una tercer área en la vida emocional de Cristo es la del gozo o la felicidad. Varfield escribió a ese respecto: Llamamos a nuestro Señor "un Hombre de Tristezas", y esta designación es bien apropiada para uno que vino a este mundo para llevar los pecados de los hombres y dar su vida en rescate de muchos. Sin embargo, no es una designación que se le aplique en el Nuevo Testamento, y aun en los Profetas (Is. 53:3) bien puede referirse a las aflicciones objetivas del siervo justo y no a sus angustias subjetivas. De cualquier modo no debemos olvidar que nuestro Señor no vino a este mundo para ser quebrantado por el poder del pecado y la muerte, sino para vencer a este poder. Vino como un conquistador con la alegría propia de una inminente victoria en su corazón; por el gozo puesto delante de él pudo soportar la cruz, menospreciando el oprobio (He. 12:2). Y del mismo modo que no siguió con su obra dudando de la cuestión de fondo, tampoco se desenvolvió titubeando con respecto a los métodos. Más bien (así se nos dice, Lucas 10:21) "se regocijó en el Espíritu" mientras contemplaba las maneras como Dios traía muchos hijos a la glorias

A veces Jesús habló de su propio gozo y su deseo de que también sus seguidores fuesen llenos del mismo gozo. "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 15:11). Y, nuevamente, en su oración sacerdotal en el capítulo 17 de Juan, dice: "Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos" (Jn. 17:13).

### **Como nosotros en la tentación y el sufrimiento**

Hay dos áreas más en las que Cristo claramente se asemejó a nosotros en su Encarnación, y que son de gran importancia para relacionarlo como nuestro guía al vivir la vida cristiana.

La primera de estas áreas es que él fue sujeto a la tentación. "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (He. 4:15). Tenemos una ilustración dramática de lo que este pasaje significa en la historia de la tentación de Cristo por parte de Satanás, como está registrada en Mateo 4:1-11 (y en el pasaje paralelo de Lucas 4:1-13). Luego de su bautismo en manos de Juan, Jesús fue llevado al desierto para ser tentado por el diablo. Permaneció cuarenta días ayunando y entonces comenzaron las tentaciones. La primera tentación fue física, que convirtiera las piedras en pan. Aprendemos de su significado por la respuesta que Jesús le dio a Satanás: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt. 4:4). Era la tentación de poner las cosas físicas por encima de las cosas espirituales.

La segunda tentación fue espiritual. El diablo llevó a Jesús al pináculo del templo en Jerusalén y lo desafió a echarse hacia abajo, bajo la suposición que Dios lo rescataría. El diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra" (4:6). Jesús le respondió que estaría mal hacer tal cosa porque también está escrito que no se debe tentar a Dios.

Por último, el diablo produjo una tentación vocacional. Sabía que Jesús había de recibir los reinos de este mundo para su gloria; así había sido profetizado en el Antiguo Testamento. "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Sal. 2:8). Pero el camino para esa herencia era la cruz, y Satanás ahora está argumentando que podría recibirla sin sufrimiento. Él mismo le ayudaría. Le dijo: "Todo esto te daré, si postrado me adorares" (Mt. 4:9). Jesús rechazó el ofrecimiento de Satanás, y en lugar de aceptarlo se encaminó en la dirección que Dios había puesto por delante de él.

Una última área en la que Jesús fue como nosotros para que nosotros pudiésemos ser como él fue el sufrimiento. En parte fue un sufrimiento emocional y espiritual; y en parte fue físico. Leemos que Cristo experimentó el hambre. Sin duda que lo sufrió en varias oportunidades, pero se nos dice explícitamente en relación a la tentación en el desierto (Mt. 4:2). También experimentó sed. En una oportunidad, cansado de su viaje, se sentó en el pozo de Jacob y le pidió a una samaritana que le diera de beber. En la cruz, exclamó: "Tengo sed", y le dieron de beber vinagre (Jn. 19:28-29). Cierta vez cuando se durmió en una barca, estaba tan cansado que ni las olas ni el viento pudieron despertarlo. El ejemplo más grande de su sufrimiento fue la angustia que su alma y su cuerpo tuvieron que sobre llevar en la cruz, antes que su alma se encogiera (Lc. 22:39-46; comparar con Mt. 26:36-46; Mr. 14:32-42).

Jesús, por medio de la Encarnación, pudo conocer todas las vicisitudes de la vida: las pruebas, los gozos, los

sufrimientos, las pérdidas, las ganancias, las tentaciones, las aflicciones. Pudo entrar en ellas, comprenderlas, y así convertirse en el modelo para nosotros, para que podamos atravesar estas experiencias como él lo hizo, y para animarnos a venir a él en la oración, sabiendo que él comprende lo que estamos atravesando. Pablo habla sobre el valor que Cristo tiene como modelo cuando animó a los cristianos en su día a soportar el sufrimiento del mismo modo que lo hizo Cristo. "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21). El autor de la carta a los Hebreos nos anima en la oración cuando dice: "Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:16-18).

---

#### Notas

1. Alexander Ross, *The Epistles of James and John*, "New International Commentary on the New Testament" (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1954), p. 115.
2. Warfield, "On the Emotional Life of Our Lord", in *The Person and Work of Christ*, pp. 93-145.
3. R. H. Lightfoot, *St. John's Gospel: A Commentary* (Oxford: The University Press, 1963), p. 229.
4. G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John* (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, n. d.), p. 197.
5. Warfield, *The Person and Work of Christ*, pp. 122-23.